



CARRUAJE RUSO.

AL SEÑOR DON JOSE PICON

EN REPLYCIÓN DE SUS CRÓNICAS HISTÓRICAS DE LOS PRINCIPALES MONUMENTOS Y EDIFICIOS DE SALAMANCA.

Entusiasmados por la ciudad que nos vio nacer, con sentimiento hemos visitado sus solitarias ruinas, y vemos con dolor desmoronarse las mas expresivos símbolos de sus pasadas glorias. Salamanca, olvidada de los artistas, porque no se han acercado á estudiar sus bellezas, apenas debia un recuerdo sino á algunos de sus hijos que se atrevian á reconstruirla en su ardiente imaginacion, para comprender mejor los brillantes hechos con que ha enriquecido la historia, y las causas de su grandeza y poderío; esfuerzos no muy eficaces, porque desarrollados en una reducida esfera, bastaban apenas á satisfacer la necesidad que todos sentimos de gozar con la presencia, siquier sea imaginaria, de la belleza que amamos.

En el año próximo pasado, cuando ya parecia infundada toda esperanza de que hubiera quien se acordase de nuestras ruinas, se verificó en Salamanca una expedición artistica compuesta de jóvenes discípulos de la Escuela Especial de Arquitectura, jóvenes que entonces probaron sus sobresalientes dotes, que trabajaron con entusiasmo digno de un porvenir brillante, y de quienes todo salmantino hablará siempre con elogio.

Al poco tiempo aparecieron en *La Nación* del 25 de julio del mismo año unos artículos encabezados con el epigrafe de Crónicas históricas de los principales monumentos y edificios de Salamanca, que se decía ser debidos á la amabilidad del joven arquitecto don José Picon, uno de los mas distinguidos de la Escuela Especial, y que tuvo parte en dicha expedición artistica. Salamanca en la adversidad empezaba á gozar de los recuerdos justoamente debidos á su pasado brillo; surgia de entre sus ruinas; eran copiados fielmente sus monumentos, y su historia llenaba las columnas de los periódicos. Con avider leímos las crónicas históricas; elogiamos desde luego la buena intencion de su autor; pero como este no se ha limitado á copiar algunos de los muchos errores que por desgracia circulan acerca de la capital de la antigua Vettonia, sino que por ligereza (nunca hemos creído que con premeditacion) ha forjado otros, juzgamos que no serán inoportunos algunos avisos, á fin de por suculante de que para escribir historia en nuestra patria necesita consultar muchos libros, sin olvidar la triste verdad de que abundan en éstos.

Ante todo confesamos desconocer al P. Dorado que se cita en las crónicas históricas como uno de los autores que han tratado de Salamanca, y creemos de buena fe que habrá sido confundido con don

Bernardo Dorado, cura propio de la Mata de la Armiña, quien en esta misma ciudad publicó su compendio histórico por los años de 1776. Tampoco hemos podido hallar los manuscritos que se dicen existentes en la biblioteca de esta Universidad y que tan curiosos datos han suministrado al cronista, segun confesión propia.

Recurramos ya las principales crónicas históricas, usando de los mismos epigrafes y orden que su autor.

SALAMANCA.

No nos detendremos en combatir los muchos errores que consigna en pocas palabras el señor Picon, tratando del nebuloso origen de nuestra ciudad; le remitimos al artículo que en los números 30 y 31 de la Revista Salmantina tuvimos el gusto de publicar sobre punto tan curioso; pero como nuestras razones serán desautorizadas ante los respetados testimonios de los señores Gil Gonzalez Dávila y Dorado, le recomendamos la lectura del artículo que sobre nuestra ciudad publicó el señor Madoz en su Diccionario geográfico, ó de cualquier otro, escrito con alguna crítica; sobre el mismo asunto, y quedará convencido de que Justino no se acordó de Salamanca, al menos en sus escritos, y de que es una fábula despreciada ya la venida de Teucro á esta ciudad. Ridiculas tan desautorizadas no merecian á la verdad ser dadas á la prensa á mediados de un siglo que puede blosnar de haber adelantado mucho en investigaciones históricas.

Dice el historiador de la expedición artistica que tiene Salamanca 15 puertas: trabajo nos cuesta descender á estas puerilidades: en época remota parece que en efecto tuvo esta ciudad 15 puertas; cuando escribia el señor Dorado solo eran 11, y en la actualidad no pasaran de 9 contra todos los esfuerzos reunidos del cronista. ¿Habrá despues de esto quien crea, sin necesidad de decirselo, que el autor de las crónicas históricas fue uno de los que formaron parte de la expedición artistica verificada á Salamanca en el año 1835?

Nos desagrada sobremanera que estos desordenados renglones hayan de resentirse de la aridez de una impugnacion para detenerlos en probar numericamente al nuevo cronista que está exagerado al hablar de Salamanca en la época de su mayor esplendor; pero no vacilamos en asegurar que le será imposible comunicarnos los nombres de las cuarenta y seis parroquias y veintidós conventos de monjes, con que segun él se orlaba á la par esta pequeña Roma.

A los pocos renglones hallamos otro error; se dice, hablando del eminente lirico español Fr. Luis de León, que en Salamanca estuvo encerrado dos años por orden del Santo Oficio. Fr. Luis de León solo fué detenido aqui algunos dias en la posada del señor propietario Diego Gonzalez: en 26 de marzo de 1572, el Santo Oficio escribió contra él un auto de fe en 1574.

el mandamiento de prisión con secuestro de bienes; y ya en el 27 del mismo mes y año llega á las cárceles de Valladolid, acompañado del familiar Francisco de Almanza, donde estuvo preso hasta el 7 de diciembre de 1576 en que fué absuelto. Ligeros erratas de tiempo y de lugar!

Nada diremos de la caballeresca pintura de nuestra ciudad que á continuación hallamos, porque en lo que no pueda perjudicar demasiado á la verdad histórica, somos bastante tolerantes para permitir que vea cada cual las cosas por el prisma que más le agrade. Tememos por otra parte distraernos demasiado probando cuánta inexactitud hay en asegurar que esté Salamanca casi desierta en la actualidad, y que sin industria, sin comercio, sin pobladores que la den vida y animación, parece una ciudad de sepulcros; ilustrados estadistas, como el señor Madaz y los redactores del Diccionario geográfico universal publicado en Barcelona, han hablado de otra manera del estado de esta ciudad.

CASA DE DOÑA MARIA LA BRAVA.

ORIGEN DE LOS BANDOS.

Varios escritores se han ocupado de esta trágica epifanía de la historia salmantina; pero el que nuevamente lo ha hecho, la narra, como de costumbre, con sus peregrinas tradiciones, y hace á doña María de Monroy encubridora de los conocidos asesinos de sus hijos.

Poseemos copia de un curioso manuscrito (1), reseña interesante de los bandos de Salamanca, que se dice está escrito por el presbítero D. Amaro, capellán de la misaja Doña María; acaso algún día ocupe las páginas del Album Salmantino. Muchas razones nos hacen no admitirle sino cuando más como una traducción bastante moderna y acaso libre del original latino; pero como los hechos calumniantes que refiere están muy conformes con las noticias recibidas, nos atrevemos á darle á luz aunque en pequeño extracto.

Desde 1442 á 1473 se estiende el periodo de los celebrados bandos salmantinos. En la plazuela de Santo Tomás vivía Doña María de Monroy, viuda ya por este tiempo, con sus dos hijos D. Antonio y D. Juan Enriquez de Villaba, jóvenes instruidos y de carácter franco y bondadoso; no así su madre, que poseía un génio impetuoso y rígido. Amigos de los Enriquez eran D. Manuel y D. Cleto de Manzano, cuya fogosidad caballeresca los mezclaba siempre en desahos y contiendas.

Tonia D. Juan concertado su matrimonio con la encantadora Margarita, hija del distinguido señor D. Alonso Maldonado, y cuando solo se esperaba para preparar cuanto diera esplendor al concertado enlace, el mayor de los Manzanos solicitó la mano de la amada de D. Juan, y fué despreciado. Nadie sospechará lo que sucedió: nunca fué el Manzano menos díscolo y más obsequioso con los Enriquez, y solo Margarita conocía la venganza premeditada y que se inauguró el 18 de diciembre de 1442. Una división ocasionada en el juego de pelota fué, como en tales circunstancias pudiera haberlo sido cualquiera otra, la que inflamó los ánimos: los Enriquez son asesinados por los Manzanos entre los gritos de venganza y ante una numerosa concurrencia atraída por la celebrada destreza de los jugadores. Utrida la ranchadumbre, quiere escitar la venganza de la madre, y la presenta los cadáveres de sus hijos, cuando movida de curiosidad abre la ventana para presenciarse el tumulto. Aquella al pueblo Doña María con débil pero amada voz, persuadiéndole á que se conforme, cual ella lo hace, con una desgracia irreparable. Aquella mujer firme se informa minuciosamente del hecho, y abrigando con las suyas las manos de los cadáveres, no puede contener el llanto que la ahoga, y juró la más cruel venganza. Todo es de orden y confusión aquella noche en casa de Doña María, donde se habían agrupado muchos señores, amigos y deudos, para mover á la venganza unos, y aconsejando otros la conformidad: de nada parece hacer caso la desgraciada madre; pero ya seran las dos de la mañana, cuando despejada á guisa tanto la razón, y asegurada de que la prestará su auxilio el valiente Maldonado, le dirigió Doña María estas enérgicas palabras: «y en mi lanza traeré á las víctimas que me piden desde el cielo, y juro por madre que fué, que serán sus cabezas la ofrenda que á sus vértices cenizas tributaré.»

En el día siguiente parecía asombrada la calma; apenas hubo algunos encuentros: el ilustrísimo prelado D. Sancho de Castilla hizo las exequias á los Enriquez, que fueron depositados en el panteón de Santo Tomás, y determinando legítima procesión un solemne oración fúnebre. El concurso era inmenso, los ánimos se enternecieron con esta pompa religiosa, y en el pulpito de la iglesia fueron decantados dos salmos de D. Fadrique, notables de épticos; se encendió la buela hasta en el interior del templo, y allí quedan los cadáveres de dos vasallos de la casa Manzano: todo el prestigio del ilustrísimo prelado fué necesario para calmar el tumulto.

Doña María no cesa entre tanto de su propósito; para estarse de recibir, hace esparrar la noticia de que está gravemente enferma; y sabida ya que los Monroyes habían huido á Portugal y que se ocultaban en el pueblo de Dos Iglesias con el pseudónimo de Telles, sale de su palacio en la madrugada del 23 armada caballero y á la cabeza del capitán de corazas y tres de sus monjeros, y á pesar del mal temporal, apenas descanza antes de hallarse en la posesión de sus enemigos. Solo se presenta ante ellos, que la ven aterrizados, los desafia, corta sus cabezas, y enarboladas en una lanza, las trae á depositar en el panteón de sus hijos; rasgo que raya en la inverosimilitud, pero que explica cómo Doña María mereciera el sobrenombre de Brava en aquel siglo de héroes.

D. Fadrique muere al recibir esta nueva; pero frenético de venganza su esposa Doña Mencía Asnero, compromete á sus deudos y vasallos en una guerra exterminadora; son entregadas á las llamas la casa de Doña María y la de los Maldonados, y asesinada la hija de este; en cada calle, en cada plaza se traba un combate que dura día y noche. Reina el asesinato, el pillaje, y su consecuencia la miseria; cerrados los comercios y paralizada la industria, cada salmantino es un soldado veterano, y no se acierta á distinguir otra cosa sobre los desgarradores gritos de venganza, que el ruido de las armas y el lúgubre tañer de las campanas que escitan al combate.

Doña María se trasladó á otro palacio fuerte de la misma plazuela; alista gente; todos los salmantinos toman parte en la pelea, y por necesidad señalanse plazas de comercio las de San Benito y Santo Tomás, que forman á la par la línea divisoria de los bandos; á palmas se disputan el terreno, y cuando el Ilmo. prelado quiere con una solemne rogativa aplacar la cólera del cielo, le atropellan, y hecho tan escandaloso le ocasiona la muerte.

El ilustre cabildo nombra una comisión de los individuos más distinguidos de su seno para que aplaquen los ánimos de los principales insurgentes: el vulgo, aterrado por la solemnidad del acto, depone las armas; basta los jefes de la insurrección ceden; pero todo se inutiliza ante la tenacidad de Doña María. Vueltos á trabarse el combate con mas encarnizamiento que nunca: ya lleva la devastación á mas de doce leguas fuera de la ciudad, y es necesario el poder sobrenatural de un acabado modelo de evangélicas virtudes y dotes oratorias que la iglesia ha colocado en sus altares, para que ánimos tan decididos se aparten de sus propósitos. Magnífico y tierno espectáculo á la par el que ofrecía Salamanca el día primero en que resonara en sus calles el grito de paz, y en que abrazados sus habitantes se reunieron en la iglesia catedral, limosos de haber hallado al paso tanto destruido.

Si no nos atrevemos, antes de adquirir mas datos sobre el oculto que hemos extractado, á prestarle mucho asenso, tampoco podemos creer al señor Picon por sola su palabra que fuera casa de Doña María la que señala, y que ha sido estudiada durante la expedición; de estilo muy posterior al de aquella época, en nada demuestran señales de haber sido fortificada. Tampoco podemos considerarla como una reedificación de la casa que fué quemada, porque obra mucho en la historia de esta ciudad el recuerdo de los bandos, para que los Monroyes fueran tan imprudentes que dejasen de asegurar su vivienda. Siempre existimos ver en la antigua casa de D. Diego Lopez toda la antigüedad y fortaleza necesarias para poderla considerar con mas probabilidades el honor de ser la escogida por Doña María, cuando solo hallan en su mente proyectos de venganza. Nos confirma en esto mismo el nombre de Corrales de Monroy con que se conoce inalterable número de casas que existía á su espalda, porque es notorio que corral significaba entonces lo mismo que dominio, jurisdicción y señoría de algún determinado y pequeño territorio (1).

TORRE DEL CLAVEL.

Nada más exacto que las noticias históricas comprendidas por el Sr. Picon en este artículo: dice que la Torre del Clavel, construida en la época de los bandos de Salamanca, es fundación del Clávero de la orden de Alcántara D. Francisco de Sotomayor, y que en ella estuvieron presos los asesinos de Doña Inés de Castro; y añade, hablando del torreón que existió en la calle de Herreras, que lo construyó, durante los bandos también, el licenciado D. Antón Nuñez de Ciudad-Rodrigo, señor de Terrados. Narrados ya algunos sucesos posteriores á los bandos, dice el Sr. Dorado (2) refiriéndose á aquellos: «Florece también D. Frey Diego de Alaya, ilustre y noble caballero, capitán de la militar orden de Alcántara y Comendador mayor de ella, fué en su patria la gran casa y torre que hoy llamamos del Clavel.» En efecto Rada y Andrade, en la página 41. V de su joya de la orden de Alcántara, cita á dicho Clávero en la 44 y vuelve á hacer mención de él como Clávero, y añade que después fué Comendador mayor, y en la 135 le da ya el título de Comendador de la Magdalena.

(1) Dorado, c. 21, p. 10, pág. 169.

(2) C. 57, pág. 245.

(1) Que debemos á la bondad de nuestro amigo D. Manuel Villar y Múgica.

El mismo Sr. Dorado hablando del episcopado de un tal D. Juan, que vivió desde el año 1350 hasta el 1502, dice (1): «por estos tiempos» ó lo que es lo mismo, cerca de un siglo antes de los que el Sr. Picon señala, «fueron presos en esta ciudad Estecocolo y Pedro Alvar, portugueses, de mandato del rey de Portugal, porque de orden de su padre D. Alonso dieron muerte á la famosa Doña Inés de Castro; los pusieron en el torreón de la calle de Herreros, en donde estuvieron hasta que los llevaron á Lisboa, ajusticiándolos con equívocos tormentos.»

Por otra parte tiene que formarse idea muy imperfecta de la torre del Clavel por la descripción que de ella hace el nuevo cronista de Salamanca: dice que es un prisma octógono, y antes bien es un prisma cuadrado hasta más de la mitad de su altura, y después se convierte en octógono.

PUENTE DE SALAMANCA.

«Prefenden algunos que este puente fué construido por Hércules, lo cual equivale á decir que su origen se pierde en la noche de los siglos.» Esto es lo único que se atreve á asegurarnos el Sr. Picon acerca de la fundación de la mitad antigua del puente, de ese majestuoso símbolo de la arquitectura romana. Nunca mas prudente el Sr. Picon; pero nuestro espíritu descontentadizo cree ver ahora omisiones no despreciables con su acostumbrado cortejo de inexactitudes. El puente de Salamanca era principio de la celebrada calzada de la Plata que ponía en comunicación á nuestra ciudad con la de Mérida: y Antonio de Neriña y Gil Gonzalez Davila creen que fué empezada por Licinio Craso, gran Pontífice, 70 años antes de Jesucristo, y continuada especialmente por los emperadores Augusto, Nerón, Trajano y Adriano. El Sr. Dorado ha conservado las inscripciones que nos confirman en esta opinión, ignoramos por otra parte las pruebas que tenga el señor Picon para asegurar que Trajano recompusiera el puente y construyese el camino de la Plata: los citados testimonios solo nos dan derecho para asegurar que aquel emperador romano, gloria de nuestra nación, benefició dicho camino en dos mil pasos.

Siempre habíamos entendido que no significaba cosa alguna interesante la suerte que ha cabido al toro de piedra que antes adornaba el puente; la comun tradición dice que su caída fué casual, y algunos, acaso con mas fundamento, aseguran que el ayuntamiento la dispuso por evitar desgracias: pero el autor de las apreciadas crónicas quiso dar novedad al asunto, y usando hasta de burias groseras que le favorecen muy poco y hacen resaltar mas los lunares de su escrito, dice: «Al principio de la última guerra civil antojósele á un majadero decir que aquel toro era signo de feudalismo, y los hijos de la nueva Atenas y de Roma la chisla lo creyeron como un Evangelio, y tiraron abajo del toro sin mas averiguaciones.» Estilo tan digno de unas crónicas históricas haría honor al más acreditado escritor.

Ni interés, ni acaso razones tenemos para negar que la gran Salamanca de Plutarco rindiere culto al dios Hércules; pero nunca hemos podido ver con calma que se aduzca para confirmar esto la maza empuñada que adorna la portada de una de las casas inmediatas á la iglesia de San Millán; tan solo recomendamos á los curiosos que se acerquen á ella, y confiamos en que les repugnará atribuirle tanta antigüedad; y hallarán poca analogía entre las demás mazas del dios gentilicio que hayan tenido ocasión de ver y la que representa aquel relieve.

CASA DE LA SALINA.

Este artículo y el dedicado á la casa de las Muertes estan encabezados con la fecha de 1500. D. Alfonso de Fonseca, arzobispo de Santiago y patriarca de Alejandría, que fundó dichas casas, erigió en 1515 el monasterio de las Ursulas (2); esta era la única fecha que antes conocíamos de las fundaciones del patriarca alejandrino en esta ciudad: el señor Picon estaba mas adelantado en nolletas. Pero á benigno seguido hallamos motivos muy fundados para variar la opinión que acabamos de formar del autor de las crónicas históricas. Dice: «Este edificio tomó el nombre de la Beata ignorándose el origen de su título.» Nosotros solo podemos decir que siempre hemos visto en la casa de que se trata el depósito de sal, circunstancia que creemos muy suficiente para explicar el origen de aquel nombre y del que tuvo la calle en que está igual precioso modelo de arquitectura: por cierto que cuando escribía Dorado, y dicho caso estaba muy lejos de ser depósito de sal, la calle de la Salina tampoco se conocía con este nombre, sino con el de los Albarderos (3). Esto, y sea dicho de paso, solo será nuevo para el señor Picon.

Como el distinguido arquitecto pudiera haber escrito la curiosidad de sus lectores con las inscripciones de la casa de las Estrellas que

copia de Gil Gonzalez Davila, le remitimos á las primeras páginas de la historia de Salamanca que este escribió, ó al capítulo 3.º, página 47, del Compendio histórico del señor Dorado, donde podrán corregir las erratas que hacen imposible la inteligencia de la copia que tenemos á la vista.

Por último, dice el nuevo cronista salmantino que muchas de las principales noticias que da son inéditas; sin mas delencia que la necesaria para escribirlo; recordamos en contrario lo siguiente: El falso origen atribuido á Salamanca pueda copiarse indistintamente del *Paralipomenon de España* (4), escrito por el obispo gerundense, Juan, de las historias de Gil Gonzalez Davila y Dorado y de algun tratado de estas que por desgracia ha circulado; los mismos autores, D. José Alvarez de Rivera, en su esopion panegirica, y el marqués de Alventos en su historia del colegio de San Bartolomé, de la casa de las Conchas se han ocupado el señor Ponz y algunos diccionarios geográficos modernos; estos mismos recomiendan el mérito de la casa de las Muertes: del puente tratan, aparte de las historias particulares de nuestra ciudad, casi todos los geógrafos antiguos y modernos, y la historia y descripción de la plaza Mayor ha ocupado á todo escritor que habla de Salamanca; dicen algo de la casa de la Salina: el Sr. Ponz, algunos diccionarios geográficos modernos y la Revista Salmantina de 4 de enero de 1852; finalmente de la Cueva Clementina y del marqués de Villena como célebre discípulo del secretario de San Ciprian, hablan con mas estension que otros el P. Feijoo, el P. Murillo y el señor Dorado.

FERNÁN HERNÁNDEZ IGLESIAS.

LA HERMANA BEATRIZ.

LEYENDA.

No lejos de la mas alta cima del Jura, pero descendiendo un poco hácia su vertiente occidental, se veia hace medio siglo un monton de ruinas que habia pertenecido á la iglesia y al monasterio de *Nuestra Señora de las Espinas floridas*. Estaba al extremo de una garganta estrecha y profunda, pero bastante abrigado por la parte del Norte, por cuya razon producía todos los años las flores mas raras del país. A una media legua al extremo opuesto se encontraban tambien los restos de un antiguo castillo feudal, que tambien ha desaparecido como la casa de Dios. Solo se sabe que habia sido ocupado por una familia muy celebrada en las guerras, y que el último de los caballeros de ella habia perecido en la conquista del santo sepulcro, sin dejar heredero para perpetuar su raza. La inconsolable viuda no abandonó aquellos lugares tan propios para consolar su melancolía; pero la fama de su piedad se extendió muy lejos, á causa de sus beneficencias, y una tradición gloriosa consagró para siempre su memoria á los respetos de las generaciones cristianas. El pueblo, que ha olvidado todos sus títulos, la llama la *Santa*.

Uno de aquellos dias en que el invierno, próximo á concluir, parece que cesa de pronto en su rigor bajo la influencia de una atmósfera templada, la Santa se paseaba como de costumbre en la larga avenida de su castillo, con el ánimo preocupado por piadosas meditaciones. Llegó hasta el cercado de espinos que la terminaban, y quedó sumamente sorprendida al ver que uno de aquellos arbustos tenía ya todo su adorno de primavera. Se aproximó á él para asegurarse de que aquella vista no era producida por un resto de nieve rebelde, y entantada de verle coronado de innumerable multitud de estrellitas blancas con rayos encarnados, cogió cuidadosamente un ramo para colocarlo en su oratorio ante una imagen de la Virgen á que tenía suma veneración desde su infancia, y volvió gozosa con tan inocente ofrenda. Sea que aquel tenue tributo fuese realmente agradable á la divina madre de Jesús, sea que un placer particular que no se sabia definitivamente reservado á la menor efusión de un corazón sensible hácia el objeto que ama, jamás el alma de la castellanita habia experimentado emociones mas inefables que en aquel hermoso día. Así es que prometió con ingénua alegría volver todos los dias al espino florido y hacer todos los dias una nueva ofrenda. Es fácil intuir que fué así á este compromiso.

Sin embargo, un día en que el cuidado de los polvos y de los enfermos la habia detenido mas tiempo que el acostumbrado, se dio prisa para ganar su ágreste parterre; pero la noche llegó primero que ella, y se dice que comenzó ya á arremolinearse de haber andado tanto por aquella soledad, cuando una claridad pura como la del alba la dejó ver repentinamente los espinos floridos. Se detuvo un momento

(1) C. J.º, p.º 887.

(2) *Historia*, t.º 2.º, p.º 771.

(3) *Historia*, t.º 2.º, p.º 772.

(4) D. D. Beadecosta Tineri, etc.

creyendo que aquella luz podría provenir de alguna reunión de torcidos, porque era imposible creer que pudiera haber allí gusanos de luz, porque no era tiempo de ellos, y el año estaba muy distante de aquellas noches pacíficas y calorosas del estío. Pero habiéndose acordado de la obligación que se había impuesta, se reunió un poco, marchó ligeramente conteniendo su respiración hacia el espino de las blancas flores, cogió con mano trémula una rama que parecía que caía por sí misma entre sus dedos, tan pequeña fué la resistencia que hizo, y ganó á toda prisa el camino de su casa sin atreverse á mirar detrás de sí.

Durante toda aquella noche, la santa señora estuvo pensando en aquel fenómeno, sin poder explicarle; y como deseaba penetrar aquel misterio, al día siguiente fué á los espinos á la misma hora, acompañada de un criado fiel y de su anciano capellán. Reclinaba la misma luz que la víspera, y parecía que á medida que se acercaban era mas radiante y mas viva. Se detuvieron entonces y se arrodillaron, porque les pareció que aquella luz venía del cielo; después de un rato el buen sacerdote se levantó, dió algunos pasos respetuosos hacia los espinos cantando un himno de la iglesia, y los separó sin esfuerzo, porque se

abrieron como un velo. El espectáculo que se ofreció en este momento á sus miradas, les causó tal admiración, que estuvieron por largo rato inmóviles, llenos de reconocimiento y alegría. Era una imagen de la Virgen esculpida con sencillez en una madera gruesa, animada con los colores de la vida por un pincel poco experto, y vestidas de una manera que no revelaba mas que sencillez; pero de ella emanaba la luz milagrosa con que estaban iluminados aquellos sitios. «Yo es salud, María llena de gracia,» dijo el capellán prosternado, y al murmullo armonioso que se oyó en todo el bosque cuando pronunció estas palabras, se hubiera podido juzgar que habían sido repetidas por un coro de ángeles. Recitó en seguida con solemnidad esas admirables letanías en que la fe ha hablado el lenguaje de la mas elevada poesía, y después de nuevos actos de adoración cogió la estátua, á fin de trasladarla al castillo, donde debía encontrar un santuario mas digno, en tanto que la señora y el criado con las manos juntas y la frente inclinada la seguían lentamente, uniéndose á sus oraciones.

No tengo necesidad de decir que la imagen maravillosa fué colocada en una urna elegante; que se encendieron antorchas odoríferas; que fué bañada en perfumes; que se la puso una rica corona, y fué as-



judada hasta la mañana con el cántico de los fieles. Sin embargo, por la mañana no se la encontró, y hubo una viva alarma entre todos aquellos cristianos á quienes su hallazgo había colmado de felicidad. ¿Qué pecado desconocido había podido atraer esta desgracia sobre la casa de la santa? ¿Qué nueva mansión había escogido la Virgen? Fácil es adivinarlo. La madre de Jesús había preferido la modesta sombra de sus espinos favoritos al brillo de una vivienda mundana. En había vuelto en medio de la frescura de los bosques á disfrutar de la paz de su soledad y de las emanaciones de sus flores. Todos los habitantes del castillo fueron aquella noche al bosque, y la hallaron mas resplandeciente que la víspera. Se arrodillaron con respetuoso silencio.

«Poderosa reina de los ángeles, dijo la castellana, esta es la morada que pedías. Tu voluntad será cumplida.»

Poco tiempo después, un templo embellecido con todos los adornos que prodigaba el arquitecto inspirado en aquellos siglos de imitación y de sentimentalismo, se elevó á aquella imagen reverenciada: los grandes de la tierra la quisieron enriquecer con sus dones; los reyes la dotaron con un tabernáculo de oro puro. La fama de sus milagros se esparció en todo el mundo cristiano, y bien pronto vino al valle una

multitud de piadosas mujeres que formaron un monasterio. La santa viuda, mas conmovida que nunca por las luces de la gracia, no pudo rehusar el título de superiora de aquella casa. Murió muy anciana después de una vida de buenas obras, ejemplos y sacrificios, que se exhaló como un perfume al pie de los altares de la Virgen.

Tal es, según las crónicas manuscritas de la provincia, el origen de la iglesia y del convento de Nuestra Señora de los Espinos Floridos.

Los siglos habían trascurrido desde la muerte de la santa, y una jóven virgen de su familia era todavía, según la costumbre, hermana guardadora del santo camarín. Lo que quiere decir que era la que tenía la custodia de él, y que á ella le correspondía abrirle los días solennales en que se presentaba la imagen milagrosa á la piedad del pueblo. Ella era la que tenía el cuidado de conservar su adorno, de quitar el polvo, de recoger para componer su corona ó para adornar su alto las flores del jardín mas preciosas á la vista y más castas en sus colores. Entre aquellos inocentes tributos era preferida la flor del esplido en su estación; y en las demás se sustituía con una de manibecha por las religiosas que parecía que habían robado su secreto á la naturaleza, y este ramillete reposaba sobre el seno de la virgen, en-

jeo con una cinta plateada, las hermosas habrían podido engañarse alguna vez, pero no se atrevían á detenerse sobre aquellas flores divinas que no habían sido hechas para ellas.

La hermosa guardadora del camarín se llamaba entonces Beatriz. De edad de diez y ocho años á lo mas, apenas había oído decir que era hermosa, porque había entrado de quince años en la casa de la Virgen tan pura como sus flores.

Hay una edad crítica á funesta en que el corazón de una joven comprende que está creada para amar, y Beatriz había llegado á esa edad; pero aquella necesidad, primero vaga é inquieta, no había hecho mas que hacerla mas queridos sus deberes. Incapaz de explicar entónces los movimientos secretos de que estaba agitada, los había tomado por el instinto de un piadoso fervor que se acusa de no ser bastante amorosa, y que se cree obligada á amar hasta el entusiasmo y el delirio. El objeto desconocido de estos transportes escapaba á su inesperienza, y entre los que caían, si se puede expresar así, bajo los sentidos de su alma ingenua, la Virgen sola le parecia digna de esta adoración apasionada, para la que apenas podía bastar su vida. Este culto de todos los momentos era la única ocupación de su pensamiento, el único encanto de su soledad; ocupaba hasta sus sueños de misteriosa languidez y de inefables delirios. Con frecuencia se la veía prosternada delante de la imagen, haciendo oraciones interrumpidas por sollozos, ó humediendo el pavimento con sus lágrimas; y la Virgen sonreía sin duda desde lo alto de su trono eterno á aquella feliz inocencia; porque la Virgen amaba á Beatriz y se regocijaba de ser amada por ella. Había leído en el corazón de Beatriz que siempre la amaría.

En este tiempo hubo un acontecimiento que levantó el velo bajo el que el secreto de Beatriz había estado tanto tiempo oculto para ella misma. Un joven señor de las inmediaciones, atacado por los asientos, quedó como muerto en el bosque; y aunque parecia que solo conservaba las débiles apariencias de una existencia próxima á extinguirse, los criados del monasterio le llevaron á la enfermería. Como en aquella época las hijas de los castellanos, desde su infancia, poseían el formulario de las recetas y el arte de curar, Beatriz fué enviada por sus hermanas á cuidar del moribundo. Puso por obra todo lo que había aprendido de aquella útil ciencia; pero contaba además de la intercesión de la Virgen milagrosa, y sus largas y penosas veladas, distribuidas entre los cuidados de enfermera y las oraciones de sierva de María, obtuvieron todo el éxito que había esperado. Raimundo abrió los ojos á la luz, y reconoció á su libertadora; la había visto algunas veces en el castillo donde había nacido.

— ¡Dios mio! exclamó Beatriz, ¿sois vos? ¿vos á quien tanto he amado en mi infancia y á quien miraba como esposo por el convento que tan pronto olvidaron nuestros padres? ¿Por qué funesta casualidad os vuelvo á ver, encadenada con los lazos de una vida que no es para vos, y separada para siempre de ese mundo brillante cuyo adorno sois?

— Ah! si habéis escogido por vos misma este estado de soledad y ahnegración, Beatriz, os lo juro, no conocéis todavía vuestro corazón. El compromiso que habéis contraído en la ignorancia en que estais de los sentimientos naturales á todo lo que respiza, es nulo ante Dios y ante los hombres. Habéis hecho ligeros sin querer á vuestro destino de amante, de esposa y madre. Estais condenada, querida mía, á dias de amargura, de fastidio y de disgusto, cuya larga tristeza no dulcificará ningún pesar. Es sin embargo tan dulce amar, tan dulce ser amada, y tan dulce revivir en objetos que aman! Las puras alegrías de un afecto que multiplica la vida; el afecto de un amigo que os adora, que embellece todos vuestros momentos por fiestas nuevas, que no existe mas que para quereros y agradaros; las inocentes caricias de unos niños, tan graciosos, tan alegres con su existencia y que un capricho leve hubiere abandonado á la nada, he ahí lo que habéis perdido! ¡He ahí lo que habéis perdido, Beatriz mia, por sumirte con tan ciega obstinación en un abismo! Pero no, continúo con mas viva espresion, no desconoceréis las intenciones de tu Dios y el mio, que nos ha aproximado para reunimos para siempre; tú te consagraste á los roles del amor que te inspiró y te llama! Tú serás la esposa de tu Raimundo. ¡No vuelvas esos ojos llenos de lágrimas! ¡No separes tu mano que tembala entre las suyas! ¡Dile que estás dispuesta á seguirle y á no separarte de él jamás!...

Beatriz no contestó; no había podido encontrar espresiones para manifestar lo que sentia; se escapó de los débiles brazos de Raimundo, se alejó torbada, palpitante, y fué á caer á los pies de la Virgen, su consuelo y su apoyo. Lloró como antes, pero no era una emoción desconocida y sin objeto; era un sentimiento mas poderoso que la piedad, mas poderoso que la vergüenza, mas poderoso ¡ay Dios mio! que aquella Virgen cuyo acorón recibíais; y sus llantos esta vez eran amargos y ahrostrados. Se le vió muchos dias de seguida prosternada y suplicante, y no se adelantó porque todo el mundo en el convento sabía su devoción apasionada á la Virgen. Pasaba el resto del dia en la habitación del enfermo, cuya curación había dejado de exigir tan ardientes cuidados.

Dos meses, en la hora en que estaba la iglesia cerrada, en que todas las hermanas estaban retiradas en sus celdas, en que todo estaba en silencio, Beatriz ganaba el coro á paso lento, deja su lámpara en el altar, abre con mano trémula el camarín, y se estremece bajando los ojos como si temiera la mirada de la reina de los ángeles, y se arrodilla. Quiere hablar, y las palabras espiran en sus labios ó se pierden entre sus suspiros. Se cubre con el velo, trata de calmarse, hace un último esfuerzo, y consigue pronunciar algunas acentos confusos sin saber si profiere una oración ó una blasfemia.

— ¡Oh divina bienhechora de mi juventud! dijo, vos á quien únicamente he amado y que siempre sois la mas querida soberana de mi alma, ¡oh María, divina María! ¿Por qué me habéis abandonado? ¿Por qué permitis que vuestra Beatriz sea presa de las terribles pasiones del infierno? ¿Ya sabéis que he cedido sin combate á la que me devora? Ahora ya está hecho, y para siempre; ya no os serviré mas, porque no soy digna de servirlos. Iré á ocultar lejos de vos el eterno sentimiento de mi falta, el luto eterno de la inocencia que no volveré. Permidme que todavía me atreva á adoraros. Tened compasión de mis lágrimas, que prueban á lo menos que soy extraño á la traición de los sentidos! ¡Atended el último de mis homenajes como habéis atendido los demás! ó mas bien, si mi celo por cuidar vuestro altar es digno de alguna recompensa, enviad la muerte á esta desgraciada que os implora, antes que se separe de vos.

Al acabar estas palabras Beatriz se levantó, se aproximó trémula á la imagen, la adornó con nuevas flores, y avergonzada por la primera vez del uso piadoso á que no tenía derecho, las estrechó contra su corazón y se puso en su escapulario para no separarse jamás de ella. Después de esto miró á la imagen, dió un grito de terror, y huyó.

La noche siguiente, un rápido carruaje llevaba lejos del convento al hermoso caballero herido, y á una joven religiosa inñal á sus votos.

El primer año trascorrió casi todo en la embriaguez de una pasión satisfecha. El mundo era para Beatriz un espectáculo nuevo, inabogable en gozes. El amor multiplicaba en derredor soya todos los medios de seducción que podian perpetuar su error y acabar su pérdida; no sala de los sueños de la voluptuosidad mas que para despertarse en medio de la alegría de los festines, entre los juegos de los farsantes y los conciertos de los monacales; su vida era una fiesta incesante en que la voz seria de la reflexion, sofocada por los clamores de la orgía, hubiere tratado en vano hacerse oír, y sin embargo, no había olvidado á María. Mas de una vez, al adormarse en su lecho, había estrechado su escapulario. Mas de una vez había dejado caer una lágrima sobre el ramillete marchito que había quitado á la Virgen. La oracion había llegado á sus labios como una llama oculta que sale por entre la ceniza; pero había espirado allí; y en su mismo delirio, alguna cosa le decía que una oracion la hubiere salvado.

(Continuará.)

LA MUJER.

Hay algo de misterioso y de contradicciones en la organizacion de la mujer; y no es de extrañar que haya sido siempre un objeto de desprecio é indiferencia para unos, de admiracion, de respeto y de la mas entrañable ternura para otros. Angel de paz, de consuelo y de beneficencia, ha obtenido los mas altos y sinceros elogios de los caracteres generosos y nobles; al paso que el corazón de los hombres exagera con placer sus desvios, su veleidad y sus caprichos, y cre con satisfaccion cuanto destruye y envilece su dignidad y fama. La mujer sin embargo ha recibido en todas épocas una especie de culto púdico de los ingenuos grandes; y ya no sé qué de simpática y misteriosa armonia ha existido entre estos y la primera, que desde el Taso y Lope de Vega hasta Byron, desde Platon hasta L. Amé Martin y Washington Irving, las ideas mas sublimes, las mas sentidas y delicadas inspiraciones han sido siempre consagradas á erchelar la publica imaginacion de la mujer, y á inundar de gozo y de consuelo en apasionado y generoso corazón. Es verdad que la generalidad de las personas, apoyada en los ejemplos comunes de la vida, juzga estos sentimientos esclusivos de poetas y entusiastas. sobre quienes en su orgullo escrupuloso lanza el desden y la compasion; mas aunque el error y la ilusion asolvieran del lado de los segundos, es tan noble y sagrada la carrera de los que resistan y engrandecen la naturaleza moral del hombre, de aquellos que la avancen alguna vez de sus groseras y materiales impresiones, hasta hacerle sentir mas alta y divina comunicacion por el cielo á nuestras almas, que merecerán bien la estimacion, la gratitud y el reconocimiento, en lugar de la indiferencia y del ridículo, que injustamente se les prodiga. Es nuestra pobre naturaleza, de ser bastante fúca y miserable, para que ofrezca merito su interés presentar el cuadro de sus debilidades: la pintura viva, animada, y abundante de cierto idealismo púdico de lo que hay de misterioso, delirado y sublime en nuestra organizacion, puede ser la por sí sola un efecto

en la antecámara su órden para presentarse. Dada esta al maestre-sala, *Banda Azul* apareció ante el respetable caudillo de Maqueda habiendo una incoherencia, y echando mano á su refulgente yelmo, que no quitó de su cabeza, mas el cuadrándose en seguida como una alta prueba de respeto á Sancho Perez.

Bien fuese por la fama que precedía á *Banda Azul* por todo aquel país, bien porque su gallarda presencia gustase al gobernador á primera vista, es la verdad que este demostró en la devolución del saludo y en el semblante, que era bien recibido el bravo campocón vencedor de la tribu agarena.

—Os escucho, dijo el padre de Clotilde, pero con un acento dulce que marcaba la órden de un sugeto que mandaba con benevolencia.

El desconocido, por todo discurso y respuesta abrió la calada visera, y arrancando de su cabeza su *coronada casco*, dejó ver al gobernador su faz morena y juvenil, los hermosos rizos de su bigote, y sus leñosos y negros cabellos.

—Fernán! Fernán! gritó el anciano Sancho Perez, levantándose con toda la agilidad de un jóven ébrio de alegría, y dando algunos pasos hacia *Banda Azul*.

Este siguió su ejemplo, y cayó arrodillado á los pies del marqués del Riazal.

—Perdon, señor, perdon! murmuró con balbuciente voz el caballero.

—Perdon! ¿de qué?... Alza del suelo, querido Fernán, que no es esa la postura que conviene á un valiente y á quien me salvó la vida en la batalla de Toro y de Zamora... ¡Dios mío! exclamó Sancho Perez, quería castigar á uno de mis mejores soldados y leales servidores! Yo, yo soy, Fernán, quien debiera pedir el perdon que tú me solicitas.

—Señor!... repuso visiblemente conmovido *Banda Azul*, os hice una grave ofensa abandonando vuestro palacio de Valladolid, y...

—Esa falta, interrumpió Sancho Perez, se repone con tu regreso.

En seguida abrió sus brazos, en los que se precipitó el guerrero, á quien hacia algunas horas pensaba colgar de la almena mas alta del castillo.

LA ENTREVISTA.

Banda Azul habia sido hospedado en una de las mejores habitaciones del castillo de Maqueda, en cuyo punto habia recibido los homenajes caballerescos de todos los jefes de la guarnicion, excepto D. Nuño, que se fingiera enfermo para evitarse de este modo el disgusto que solo la presencia de su rival le producía.

Erán las dos de la tarde, hora en la cual, despues de obtenida la venia de la hija de Sancho Perez, pasaba *Banda Azul* á visitar á la linda castellana.

El gabinete en el cual Clotilde queria recibir al jóven guerrero, era un gótico salon, cuyas paredes desaparecian bajo los ricos cueros cordobeses con mil variadas bordaduras de sedería, plata y oro; el techo abovedado mostraba sobre un campo azul de cielo preciosas alegorías que bosquejaban las lides caballerescas y guerreras que en aquella época pendenciera se sostenian diariamente entre los hijos de Mahoma y los descendientes del gran Peláyo. Las lleras de baqueran morada mostraban en sus respaldos las armas del marqués, y sus asientos de terciopelo azul con guarniciones flamencas y clarazones de plata dorada, con una rica alfombra árabe, formaban un aposento sumptuoso y magnífico, que revelaba el poderío del marqués del Riazal y la elegancia y buen gusto de su hija Clotilde.

Sentada esta en un cómodo y alto sillón forrado en rojo blanco, rodeada una alfombra ideal y encantadora, ó una irresistible buda del jardín de las Esperides. Vestía una túnica de brocado que cerraba en un elevado escote, que al rodear su torneado cuello venia á cubrir cuidadosamente el remate de su poderoso seno. Bajo de las mangas de su túnica blancas como la nieve se veían nacer unas manguitas de seda tul que envolvían sus brazos hasta la muñeca, en cuyo punto un fino y rico corteje momento rodeaba susdos los primeros arruques de los dedos de su sedosa y pequeña mano. La línea abierta en la falda dejaba ver una saya azul con herrales de diamantes, que bajaba á besar los charpinos de brocado y ajófar que enroscaban los diminutos pies de la linda castellana. Por último, unas hermosas trenzas recogidas por una elegante foquilla de brocado verde hacían resaltar el colorado color de sus mejillas de un moreno claro y simpático. Una cadena con medallas estaba sobre de sus puercos de brillantes enca de su garganta para descender poquitos de su túnica hasta la mitad de su pecho, palpablemente en esta ocasion de amor y felicidad.

El caballero Fernán-Gómez, avanzó hacia Beatriz abriendo una placida mampana.

—Dejadle entrar.

La dueña desapareció, y *Banda Azul* entró en la estancia de la fascinadora Beatriz.

El traje de *Banda Azul* consistía en un sayo rojo de brocado

con guarniciones de pielés, calzas de grana y botas de ante bordadas, con doradas espuelas. De su cintura pendían una linocera de gran precio, un puñal de *torcedorés*, y una espada de corte con empuñadura de seda y esquisitamente cincelada. Un mano blanco en cuyo costado izquierdo estaba bordada una águila que arrebatada á una paloma; una de sus hombros una gorra de brocado en cuyo borde le precedía una hermosa pluma. Hacia su mano derecha, hacia una *Banda Azul* puesta sobre su sayo y con el mote *ajófar* más ó menos han en su traje, que unido al interesante físico del jóven guerrero, hacia que *Banda Azul* fuese para los ojos de todo observador un tipo caballeresco tan simpático como interesante.

—¡Fernán! exclamó la jóven radiante de alegría, y cuya grata sensación ocultó entre su pañuelo y manos temblorosas.

—¡Clotilde!!! repitió en otra exclamacion de ventura el caballero corriendo á los pies de la jóven y colocando una de sus mejillas sobre la muelle alfombra.

La hija de Sancho Perez tendió su mano agitada á Fernán, quien tomándola ansioso, imprimió con sus labios de fuego un ósculo de amor sobre el sedoso cutis de aquella mano tan querida para él... A esta escena muda, pero vehemente, siguieron algunos instantes de completo silencio.

—Señora, dijo al fin *Banda Azul*, cinco años hace que me separé de vuestro lado para ir en busca de un nombre que derecho me diese para solicitar vuestra mano y vuestro cariño. Hijo de humilde cuna, tenia sin embargo un corazón emprendedor, y confiaba que mi espada y lazo me proporcionarian algun dia una posición social digna de la vuestra. Con este propósito dejé una noche vuestro palacio de Valladolid. Abandoné, si, aquella mansion que encerraba mi anciano guerrero á quien todo lo debía, y me separaba lleno de tristura de la diosa de mis amores, á quien mi destino adverso me ordenaba dejar, y á quien no volveria á ver, y de ser así era mas que probable la encontrase unido á otro hombre, si no tan digno, al menos más afortunado...

—Ya veis, Fernán, que no es así... interrumpió la jóven, y á pesar de los sentimientos honrosos que os impulsaron á obrar de esta manera, fuisteis muy cruel... dejásteis el castillo de mis padres sin daros un solo adiós.

—Clotilde! repuso *Banda Azul* con eco conmovido; al por que en su semblante se leía lo grata que le era esta reconvenccion amorosa. Cuando partí con las lanzas de vuestro padre que se dirigia á las órdenes de su rey para castigar á los de Portugal, ya, señora, llevaba en mi corazón de humilde paje el amor por la hija de un marqués; pero comparando la desigualdad de los objetos con los pensamientos elevados que me animaban, ni jamás pensé en revelarlos á quien con sus encantos y virtudes los impulsara, ni mucho menos que llegase este feliz momento de oír de vuestra boca un lenguaje que reanimo hasta la mas débil cuerda de este corazón que tanto os ama. Dos sucesos grandes, extraordinarios para un hombre de noble cuna, peligrosos para uno de mi clase, sobrevinieron despues. Si; en medio de una lid sangrienta, corría inminente riesgo la vida de vuestro padre y mi protector. Saqué, es cierto, de una muerte casi segura á quien debia el ser, y mi sangre señaló este servicio, que pagado fuera de antemano con el apoyo que me dispensaba el señor marqués, y luego nombráronme tambien alférez de una de sus mesnadas. Había deudo un peso mas hacia vuestra persona, pero faltábame un espacio lumen que recorrer. Una noche en que me dirigia solo, á Valladolid con el carácter de *foraste* para dar á vuestra madre nuevas de mi señor, cuando faltándome solo media legua para llegar al término de mi viaje, el impulso de un caballo y los ayes de una mujer hicieron lanzarme en el bosque espada en mano con objeto de deslazar agravios que acaso podian ocasionar á alguna dama. Esa dama escuso decirnos quien era, Clotilde. Vuestro raptor abandonó su presa; pero sin embargo no marchó tan salvo que no dejase caer su oreja izquierda ante el filo de mi espada. Infructuosa la persecucion del malvado por la oscuridad de la noche y consentimiento de mi caballo, retrocedí en vuestra busca para conducir á Valladolid.

Este segundo acontecimiento con la hija del que hacia sólo diez años habia salvado junto á Zamora, en un caballo de blasonado escudo, habiéndome motivos que podian haber influido poderosamente para aspirar y merecer la mano de la rica y única heredera del señor marqués del Riazal; más ejecutados por mí, simple alférez de una mesnada, consideré como el mayor premio esta *Banda Azul* que de órden de vuestra madre me regalásteis. No obstante, estos sucesos, como era de esperarse del alma elevada y del corazón magnánimo de mis señores, me produjeron diariamente mil afecciones y pruebas de predileccion. El regreso despues del señor marqués acabó de llenar la copa de los infinitos favores que á cada instante se me prodigaban. Estas esmeradas y repetidas atenciones debían de producir su efecto, Clotilde; mi corazón rebosaba gratitud, pero no podia contener la llama de un amor tan vehemente, como reserrado con tanto estorbo; creí que al fin se habia de conocer por vos, y entonces las consecuencias me serian fáciles. Antes de llegar esta casa, busqué en la ausencia, no el enfri-

miento de una pasión que me vivificaba el alma, sino un lenitivo á mi continuo sufrir y que me evitase mayores dolores y sufrimientos. Dijeis, Clotilde, que me alejé del palacio sin daros un solo adiós... No, Clotilde, no; la última noche que moré en Valladolid, la pasé de rodillas á la puerta de vuestra cámara; si, llorando con mi llanto la alfombra que contacta á nuestro dormitorio, y usé allí mi adios postrero; pero uno de esos adios tristes que despedazan el corazón del que los pronuncia dejando á su alma herida mortalmente. Presentarme á vos hubiera sido una imprudencia... yo había sospechado en vuestras miradas, en vuestras galantes predicciones, que el alférez Fernan no os era del todo indiferente; por lo tanto procurar vos entrevisla habría sido crear ós víctimas y aumentar el sufrimiento; por eso quise padecer solo. Despedirme de vuestros padres no era posible; ellos impedirían mi partida; ó al menos me exigirían el móvil de mi proceder; ¿qué había de contestar? ¿Diría que un infuato amor por su hijo impulsaba mi determinación? ¿Alegaría un pretexto? No, ni una ni otra cosa. Fernan no revelaría á nadie los arcanos de su corazón, ni jamás acudirá á la falsía como auxiliar.

En aquella noche dolorosa y cruel, y para mí de mayor prueba, tomé el camino de Córdoba, en cuya ciudad hice grabar sobre vuestra banda azul un mote que deberá ser la divisa de todas mis futuras empresas. «*Quiero mas*» y puse ésta inscripción, porque si de vuestra mano recibí la *banda*; el en vuestros ojos había leído el singular afecto con que me distinguís, aun *quería mas*, Clotilde, pues quería vuestra mano con vuestro corazón.

Aquí el joven *Banda Azul* hizo una ligera pausa, interin la hija de Sancho Perez continuó inmóvil y silenciosa, fijas sus pupilas de árabe en el alfonbrado. Varias veces vino el llanto á sus órbitas; mas esforzándose no le dejó correr; la conmovida niña no quiso interrumpir con sus lágrimas el vehemente y caballeresco lenguaje del que estaba á sus pies. Esta débil contestación, que vale mas en ocasiones que la respuesta mas benévola, resató á Fernan, que prosiguió de nuevo su interrumpida y amorosa manifestación.

—Llegado que habe á la corte de nuestros reyes, me arrojé á los pies de la reina Isabel, y allí postrado la manifesté sucintamente mi graduación en la milicia y los imperiosos deberes que como hombre honrado me impulsaran á dejar el palacio de mis protectores. El resultado fué una orden para ser admitido en las lanzas Reales. Días despues partimos al sitio de Honda, y no sé si mi espada, ó la benevolencia del monarca me adquirieron á los seis meses el grado de jefe de escuadron y el alto honor de ser armado caballero sobre el mismo campo de batalla. «*Quiero mas*» decía mi divisa; pero era preciso ó morir ó dar cumplimiento á su significación.

Una banda de cordobeses se desfiló por los Pedroches; solicitó su persecución, y conseguido el superior permiso, me lancé sobre los ginetes moriscos con solos diez ginetes escogidos de mi escuadron: el resultado os será conocido, como no lo ignora todo este país. Sin embargo, siempre perseguido por un hado adverso que parece enlazado á la humildad de mi pobre cuna; cuando feliz y vencedor me disponía á regresar á mis filias, fui asaltado por un número de guerreros desconocidos, cuya procedencia era de este castillo, en el cual se tenía proyectado colgarme de una de sus almenas.

—Fernan! Fernan! exclamó Clotilde asiendo con interés la mano del caballero. No penseis que el marqués del Riazal obra en ello por sí mismo. No: es el alférez don Nuño del Corra) ha sido quien arrojó contra vos al temerario Hernan Carrillo, y el que impulsaba á mi querido padre á cometer una injusticia. Si, Fernan, don Nuño y el condebita son solos los responsables.

—Pues bien, Clotilde, la providencia protege á los malvados hasta cierto tiempo, es decir, les concede un plazo de arrepentimiento; pero fiando este, su cólera es inexorable... Eso ha sucedido anoche con vuestro raptor en Valladolid.

—¿Qué decís, Fernan!

—Bambres, ese hombre malvado que abusando de la confianza que el señor marqués del Riazal dispensaba á su mayordomo al partir para la guerra de Portugal, monstruo que guiado por un feroz y lúbrico deseo, os arrebató de vuestro palacio, y cuya acción villana cortaron á tiempo mi presencia y milizona, ha dejado anoche de existir si querer satisfacer los deseos de don Nuño y sus instintos de venganza contra quien en un bosque interrumpió su tenebroso plan.

—¡Luego el condebita!... repuso la joven mirando so las hermosas de áhila y agradecimiento.

—Era bajo su largo ropaje el mayordomo en Valladolid del señor marqués. Si, Clotilde, en el tiempo que ha estado ausente de vuestro lado he recordado casi toda mi patria, si, qué mis pesares de un amor y mis venturas de guerrero me hiciesen olvidar mi primera misión sobre la tierra, que estaba reducida á indagar el paradero del malvado para darle su merecida castigo; desde ayer me propiio comento: he traído á mis manos para deciros hoy que ya hefo el frío de la muerte el raptor del que he tentó eludir de vuestros brazos de diez

—Pues bien, Fernan, dijo la hija del marqués con ese sopleme, sufriendo sus mejillas el poderoso color de una mujer pura y apasionada: os prometo que esta mano está solo vuestra, y que mi corazón á vos únicamente pertenecerá.

Acto continuo se desprendió de la hermosa caduca que llevaba sobre su ebúrneo cuello, y la colocó sobre el sagu del feliz *Banda Azul*.

—¡Dios eterno!... declamó este fuera de sí al escuchar este promesa que colmaba todos los deseos de su corazón agradecido y herido de amor y felicidad... Quisiera morir en este instante de ventura y bella ilusión, que mañana mi pobre cuna ha de convertir en dolorosa realidad. Mas cualquiera que sea mi sufrimiento, lo sobrellevaré gustoso, porque el recuerdo de esta hora será el precioso antídoto de mis padecimientos. Voy á partir, Clotilde: Mis banderas me llaman como buen soldado; mi amor me detiene, y mi espada y mi brazo son de nuestros reyes y de nuestra patria; el postrer latido de vuestro corazón sale vos le podreis llamar vuestro. Allí en el campo del orgulloso árabe buscaré ó una muerte honrosa, ó hallaré un nombre que me saque de la oscuridad en que nací, logrando romper esa maldita valla que hoy separa, pero que no basta á impedir la eterna union de nuestros corazones.

—El cielo os oiga, Fernan, repuso con voz balbuciente la joven, interin de sus hermosas órbitas se deslizaba un torrente de preciosas perlas. Llegue un día en que á la luz del mundo entero pueda asientar un amor que hace mucho tiempo oculto en mi oprimido... adios... adios...

Clotilde no pudo proseguir, abogada con sus dolorosas emociones; alargó su mano de nieve y temblorosa al consernado caballero, en la cual este imprimió mil veces sus labios de fuego y la estrechó contra su corazón palpitante de amor y felicidad.

CONCLUSION.

—Dos años despues la capilla del castillo de Maqueda estaba ricamente alhajada é iluminada con mil antorchas. Dos jóvenes seguidos de un numeroso y aristocrático acompañamiento se unian en el templo del Señor con los indisolubles lazos de Himéneo. Estos dos jóvenes tan afortunados eran Fernan Gomez y Clotilde de Sancho Perez. El primero en la toma de Málaga y despues en las márgenes del Darro y Genil había conquistado con su lanza y heróicidad el título de conde de la Rivera, y Clotilde además de su blasonado escudo le ofrecia un alma angelical y un corazón magnánimo, hermosas dotes que habían de labrar a ventura de Fernan, mas que las inmensas riquezas que su esposa le llevara, porque ni una elevada cuna, ni los tesoros de las Californias nada significan al lado del amor y de la verdadera nobleza que nace del corazón.

Don Nuño, segun nuestros apuntes, el día de la primera entrevista de nuestros amantes en el castillo de Maqueda, había desaparecido ya de la fortaleza sin saberse despues mas de él. Sancho Perez, feliz con sus dos hijos, desconfiando el espinoso cargo de gobernador en la bravura y pericia militar de su yerno, se entregaba libremente con Petó Martin á la caza, única y favorita diversion de los señores de la edad media. Però Martin pasaba una vida de príncipe, y cuando se encontraba en el castillo de los dos esposos, quitándose su gorra de pieles exclamaba:

¡Dios bendiga vuestra union, pues que ella es el fruto del heroísmo de mi joven señor; y el justo premio de la constancia y virtudes de la mas bella y mas virtuosa dama que nació en Castilla!

Madrid marzo 15 de 1855.

FELIX MONTERO Y MORALES.

EN UN ARBOL.

Cosas de la época.

Al saber que á una viuda sin riqueza
Hijas ocho la dió naturaleza,
Otra viuda exclamaba, entre gorgoros:
¡Hónde, amiga, hallarás ocho maridos!
Y la madre, que no es de las mas zotes,
Et caso es, contestó, hallar ocho dotes...

Diciembre de 1834.

EL BARON DE ILLESCAS.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.